



CAPÍTULO PROVINCIAL ORDINARIO 2014

MISA DEL ESPÍRITU SANTO, INAUGURACIÓN DEL CAPÍTULO ORDINARIO DE LA PROVINCIA DE ESPAÑA

**Monasterio de Santa María de La Vid,
Burgos, 12 de abril de 2014**

“Yo voy a recoger a los israelitas de entre las naciones... les haré un pueblo... les purificaré... serán mi pueblo... habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob... pondré entre ellos mi santuario para siempre...”

Las palabras de Ezequiel, la promesa de Dios que hemos escuchado, resume la identidad del pueblo hebreo, resume toda su esperanza. Pero estas palabras están dichas al pueblo en Babilonia, están mirando a un futuro aún lejano... son palabras de esperanza que permiten soportar el exilio, el hastío, la carestía... se puede “aguantar” porque “Dios vendrá a salvarnos”

Así leyó el pueblo la profecía, aguardando el futuro, así llegó hasta los tiempos de Herodes, y así la escucharon María y José, Andrés y Pedro, Marta y Lázaro... Así la escuchaban también Caifás y los miembros del sanedrín, que buscaban siempre el bien del pueblo hasta que llegase el día del Señor.

Pero no estamos en adviento, nosotros hoy no leemos esta lectura con la mirada puesta en un lejano horizonte, no es una promesa de Dios para cuando seamos viejos, para dentro de algunas generaciones... para cuando se unan las provincias o llegue Fausto. No, nuestra mirada se dirige al pasado y desde él al presente que se va haciendo futuro. Leemos esta lectura como leímos el domingo pasado la primera parte de este capítulo, la promesa de los sepulcros abiertos, que venía leída en paralelo al sepulcro de Lázaro abierto por Jesús.

El Dios que salva al pueblo, ya ha venido. Su Pascua ya se ha realizado. Es un hecho del pasado a cuya medida se configura un presente que poco a poco se va transformando en futuro.

Las lecturas de hoy cierran en cierta manera el arco de esta semana de cuaresma. El domingo leíamos la primera parte de este oráculo de Ezequiel junto con su realización histórica en el pasaje del evangelio de Lázaro “yo mismo os haré salir de vuestros sepulcros”. Hoy continuamos esta lectura y también lo que sucede después de la resurrección de Lázaro en el evangelio de Juan. También en este caso hay una promesa “seréis mi pueblo” y una realización de esta promesa, “es mejor que muera uno por el pueblo”.



Misa del Espíritu Santo. Inicio del Capítulo.

El sanedrín gobierna el pueblo de Dios, custodia la espera hasta que llegue el Mesías. Discuten, reflexionan, dialogan, quizás incluso critican. Y Juan nos deja claro en todo el evangelio el miedo de los judíos hacia Jesús, casi el odio... no es un personaje bueno para el pueblo. Y aún así, a pesar de las inclinaciones humanas, Dios realiza su Palabra “vosotros seréis mi pueblo”.

El proyecto de Dios, su promesa, se realiza. Su Palabra siempre se cumple. Pero se cumple, en cierto modo “a medida humana”, respetando nuestra libertad, nuestra inteligencia y nuestra capacidad de razonar, incluso nuestros miedos o nuestra audacia. Y Dios asume el coste y el precio de nuestra libertad, incluso cuando nuestra voluntad humana decide matarlo. Las palabras de Caifás son absolutamente ciertas “Es mejor que muera uno por el pueblo”, pero ciertas a la medida de Dios, no según el sentido que el Sanedrín le daba. Nuestro Dios es tan absolutamente fiel al hombre, ama tantísimo al ser humano que le ha encomendado la creación y la historia.

Pero no nos engañemos. El hecho de que Dios sea fiel a su promesa a pesar de las circunstancias no aleja a la libertad humana de la responsabilidad. Las malas elecciones, las decisiones que no son “según Dios” tienen un coste, cuestan muertos. El Dios que confía tanto en nuestra libertad, este Dios tan fiel a nosotros, nos respeta tanto que permite que carguemos con las culpas... “recaiga sobre nosotros su sangre” oiremos gritar al pueblo guiado por el sanedrín. El pueblo que Caifás



P. Alejandro Moral, Prior General, preside la Eucaristía.

pretendía salvar al precio de la sangre de un hombre no sobrevivió; cuando se escribe este evangelio el templo ha sido reducido a escombros y el pueblo ha perdido su tierra. Las decisiones tienen un precio, y Dios nos ama tanto que no nos evita el coste de nuestra libertad.

Perdonad el punto de “académico” pero no sé si sabéis que el sanedrín estaba formado por 70 miembros... bueno, setenta miembros más uno, que era el sumo sacerdote. Nuestra asamblea de hoy, nos convoca a 70 capitulares más uno, el sumo sacerdote, el que ha cargado con las consecuencias de la decisión de Caifás, más o menos como asumirán los hermanos de la provincia nuestras decisiones. Se asumen con el mismo espíritu de fe, que el Hijo de Dios asumió la voluntad del Padre, con la misma lealtad que hemos ido aprendiendo serenamente de la maestra que nos ha cuidado desde nuestros primeros pasos en la Vid.

Imagino que todos entendemos que “sanedrín” signifique reunión; es un término griego que se incorpora al arameo. Pero los judíos tienen otra expresión “bet din hagadol”, que se traduce por “tribunal” pero que literalmente significa “la casa de la gran discusión”. El sanedrín discierne el camino que el pueblo debe tomar, y lo hace con su inteligencia y con sus razones, con el diálogo y en ocasiones con una gran discusión.

Invocaremos hoy al Espíritu Santo, para que nos acompañe e ilumine, pero no olvidemos que Juan nos indica que también Caifás poseía ese Espíritu, por su cargo. Nuestra condición de superiores o discretos no nos evita el riesgo de equivocarnos como se equivocó Caifás.

Entonces ¿cómo escuchar a este Espíritu y no a nosotros mismos? Os confieso el temor que esto me ha producido siempre, y que ha sido mayor desde que me encomendasteis el oficio de Prior General; es el santo temor de quien sabe del peligro de sustituir la voluntad de Dios por la nuestra. Os digo cómo afronto

este miedo. En primer lugar, tengo cuidado de no caer, sabiendo el peligro que corro. Y en segundo lugar, me confío como maestra a la que supo acoger el Espíritu y dejarse hacer por él. María, como Caifás, también recibe una Palabra de Dios, y también la expresa, a su medida humana, pero también a la medida de Dios. Expresa la Palabra siendo ella misma fiel a sí misma, a su ser madre. Fiel cuando lleva al niño en el seno, fiel cuando lo lleva en brazos, fiel cuando lo recibe de la cruz, y fiel también cuando acoge al discípulo como hijo. Ella es “lo que es”.

¿y a qué somos fieles nosotros? María a su ser madre, nosotros... a nuestro ser hijos de Dios, llamados al servicio de la Iglesia como comunidad de buscadores de Dios, en unión de almas y corazones. Esta es nuestra piedra de toque para ayudarnos a discernir lo que es de Dios de lo que no lo es.

Espero que nuestras decisiones sean más acertadas que la de Caifás, o al menos que no se las hagamos pagar tan caras a nadie, pero le pido a nuestra Madre de la Vid, que nos mantenga fieles y honestos al trabajo de cada día, que nos permita hablar con la verdad, o al menos con la parte de verdad que cada uno comprende, que nos limpie los ojos del fango con que nuestros prejuicios, nuestros miedos o nuestros hábitos nos han ido poco a poco cegando. Que María nos conceda mirar como ella, mirar con un corazón que no teme perder nada, no desea alcanzar nada, no posee nada sino a Dios mismo.

Roguemos al Espíritu en esta hora que nos haga experimentar la alegría de su luz, y pidámosle que nosotros mismos seamos portadores de su luz, con el fin de que, a través de nuestra Orden, el esplendor de la Misericordia de Dios entre en el mundo.

¡Que así sea!

P. Alejandro Moral, OSA

Prior General.



P. Alberto Gadea.